

BAJO LA TIENDA (1958). LA REPRESENTACIÓN SUBALTERNA DEL “ROTO” COMO FUNDAMENTO DE NACIONALIDAD PARA EL SIGLO XX CHILENO

BAJO LA TIENDA (1958). *THE SUBALTERN REPRESENTATION OF THE “ROTO” AS FOUNDATION OF NATIONALITY FOR THE CHILEAN TWENTIETH CENTURY*

Claudio Véliz Rojas*

Por medio de las reediciones preparadas por la Editorial del Pacífico para la década de 1950, el texto de Daniel Riquelme, *Bajo la Tienda*, construyó un discurso épico respecto de la nacionalidad chilena instalando la figura del “roto” como una subalternidad masculina simbólica con un fin pedagógico para la posteridad. Apropiando los valores de coraje, audacia y lealtad, estas ediciones reificaron la imagen del chileno para los lectores del siglo XX utilizando el escenario de la Guerra del Pacífico (1879-1884).

Palabras claves: Guerra del Pacífico (1879-1884), subalternidad, “roto”.

Through the reissues prepared by the Editorial del Pacífico for the decade of 1950, the text of Daniel Riquelme Bajo la Tienda constructed an epic discourse installing the chilean national figure of “roto” as a symbolic male subordination with an educational purpose for posterity. Appropriating the values of courage, daring and loyalty, these editions reification the chilean image for readers of the twentieth century using the stage of the War of the Pacific (1879-1884).

Key words: Pacific War (1879-1884), subordination, “roto”.

Introducción

El lugar de los héroes de la Guerra del Pacífico parece un recuerdo aceptado y asentado en nuestro imaginario colectivo nacional. Con cada 21 de mayo (Combate Naval de Iquique) o 19 de septiembre (Gran Parada Militar), el refuerzo de la televisión vuelve una y otra vez sobre el mito para ensalzar la heroicidad/ferocidad de estos hombres que, “en 45 minutos se tomaron el morro” o que “combatiendo hasta el último hombre supieron cumplir su deber”. En dicho sentido, preguntar respecto del cuerpo de estos héroes anónimos, o quizás más importante, por la proyección que ha tenido su figura en nuestro imaginario social respondería a una necesidad colectiva que demanda “pruebas” para legitimar la idea nacional.

Con estas preguntas en perspectiva, el aporte de este trabajo será abordar la arista que atraviesa la discusión en torno al origen de esta idea y, específicamente, respecto de la construcción de un discurso épico nacional para legitimar nuestra “comunidad imaginada” (Anderson, 1993). En este sentido propongo analizar el texto de Daniel Riquelme, *Bajo la Tienda*, edición de 1958, como

un dispositivo reificador de los valores nacionales que, esencializados en la figura subalterna del “roto chileno”, promocionaron dicha idea para los públicos lectores chilenos del siglo XX.

Riquelme y su contexto

Daniel Riquelme Venegas nació en Santiago en 1855. Hijo del taquígrafo parlamentario José Riquelme y la profesora Bruna Venegas, Riquelme creció en un ambiente pleno de educación proporcionada por su madre, quien, según observa Raúl Silva Castro, ejerció la función docente en su propio hogar¹. Esta situación podría explicar la temprana inclinación del autor hacia el ámbito literario, quien durante su permanencia en el Instituto Nacional (1868-1871) y luego de las primeras enseñanzas adquiridas en su propio hogar, funda el periódico juvenil *El Alba* (1871), siendo un medio en el que colaborarían no pocos escritores nacionales.

A la salida de dos guerras civiles (1851 y 1859, respectivamente) que dinamitaron la posición de los conservadores en el poder, el desplazamiento hacia un gobierno liberal trajo consigo una reapertura para la atmósfera intelectual chilena. Publicándose varias

* Universidad Central de Chile, Santiago, Chile. Correo electrónico: cvelizro@gmail.com

revistas, periódicos más una incipiente producción de libros, este resurgimiento de la producción intelectual nacional (Lastarria 1912:396-460) contó con la participación de diversos productores de arte y literatura connotados para la época, como Zorobabel Rodríguez, los hermanos Amunátegui, Benjamín Vicuña Mackenna, la familia Blest Gana, entre otros.

En este ambiente y desarrollando una activa participación para la prensa escrita de nuestro país, Riquelme funda la revista de literatura *El Sudamérica* en 1873, así como, en el mismo año el periódico teatral, de crítica y de sátira literaria *El Entreacto*. Luego de esta incursión por el oficio publicista, en 1876 fue contratado por el gobierno como oficial auxiliar del Ministerio de Hacienda; en este cargo no permanecerá mucho tiempo, ubicándose una vez más en el ámbito letrado como corresponsal de guerra tras el estallido de las hostilidades entre Chile y la alianza Perú-Bolivia. Como uno de los periodistas más sobresalientes del conflicto (Rubilar 2011:42), Riquelme se destacó desde el comienzo de la guerra con sus narraciones acerca de las hazañas del ejército chileno transcritas en *El Heraldo* de Santiago.

Bajo la función de corresponsal en este medio, Riquelme ejerció el doble puesto de periodista y auxiliar de servicios sanitarios para las campañas de la guerra. Desde este escenario el autor atendió a los heridos de máxima gravedad al mismo tiempo que remitía mensajes por telégrafo vía marítima a las oficinas de su periódico en Santiago. Esta voz fría y objetiva puede ser contemplada en las notas escritas por Riquelme para *El Heraldo* –y posteriormente recopiladas por Raúl Silva Castro en el texto *Expedición a Lima*–, en las que alude al fragor de la batalla con las siguientes descripciones:

Tres de ellas [minas explosivas] reventaron a espaldas de nuestra caballería; otra, cuando confundida la mitad del Alférez Vivanco con la infantería enemiga, solo se veía a través de una nube de polvo amarillo el centelleo de los sables; otra, que un soldado de granaderos, José Mercedes Díaz, hizo estallar al tocarla con su sable para inutilizarla; un caballo suelto de corría por el campo pisa otra, que revienta levantándolo seis varas del suelo, donde cayó con el vientre abierto; y la última, que pisó un soldado del Buin, llevándole una pierna y quemándole

la cara a él y a Eugenio Figueroa la cara y la mano (Cit. en Silva Castro 1967:133).

La representación que logra este fragmento pone en evidencia al *reporter* en plena acción (Rubilar 2011:41); el periodista que captura el movimiento del engranaje mayor del ejército como lo son sus soldados. Por otra parte, la cruda descripción de las bajas y de la anarquía vivida por las tropas en la conquista de Perú ciertamente funciona como un discurso útil ante una ciudadanía que debía continuar apoyando a los batallones que aún no regresaban. Finalmente, la individualización de los hombres que padecen el conflicto –“Eugenio Figueroa”, “José Mercedes Díaz”– sirve como un mecanismo para acercar la realidad textual a sus lectores. De esta forma, la experiencia escritural de Riquelme se exhibe no solo como un enunciado personal sino también como una estrategia textual que lo representaba a él mismo como ‘testigo’² del accionar en la gesta épica del pueblo chileno. Este cúmulo de técnicas y saberes consolidarán el estilo de Riquelme al momento de emprender la redacción final de su obra.

Los Chascarrillos militares: la incubación de la chilenidad

En su itinerario de campañas así como en el periodo mismo de la ocupación de Lima por el ejército chileno Riquelme acumuló varios artículos, chascarrillos en su propio lenguaje, que finalmente tuvieron frutos en la consolidación de un gran texto. Escritos desde un tono humorístico de glorificación a la valentía del soldado chileno, el autor publicó sus cuentos en 1885 bajo el título de *Chascarrillos militares*. Con 137 páginas que incluían 13 chascarrillos más una dedicatoria al soldado Manuel Rodríguez y Ojeda, el libro fue producido por la imprenta Victoria, Calle San Diego 73.

Posteriormente a esta primera edición se publica en 1888 una reedición del texto que suma a los 13 cuentos existentes, 10 chascarrillos más (23 cuentos en total). A ello se adicionó un cambio en el título del texto que ahora pasará a denominarse *Bajo la Tienda. Recuerdos de la campaña al Perú y Bolivia*. Con 285 páginas de extensión la obra fue reproducida por la imprenta de La Libertad Electoral, calle de Bandera 41. En este tránsito editorial, para 1931 Mariano Latorre junto con Miguel Varas Velásquez compilan una parte de la diversa

y vasta producción de Riquelme con el título de *Cuentos de la guerra y otras páginas*. Esta última compilación que inauguró la colección “Biblioteca de Escritores de Chile” sirve como plataforma para exhibir la inmensa obra que Riquelme redactó en su paso por los distintos periódicos nacionales (*El Herald*, *La Libertad Electoral*, *El Mercurio*, entre otros). Finalmente esta “inmensidad” volvería a ser reducida por la empresa editorial Zig-Zag, quienes para 1937 retoman el título decimonónico de *Bajo la Tienda*, agregando 9 cuentos más a los 23 ya existentes con el apartado de “Otras escenas de la guerra” (completando 32 cuentos). Esta nueva reedición impondrá el título definitivo con el que se conoce la obra de Riquelme hasta hoy.

De lo anterior y considerando el variado camino de la obra de Riquelme, el presente artículo trabajará con la tercera edición de 1958, Editorial del Pacífico, obedeciendo a dos motivos claves para la investigación. Por un lado, la masiva difusión de estos ejemplares en una época de oro para el libro chileno³, así como la necesidad, por otro, de trabajar con una selección que hasta el presente se reconoce como “la gran obra” de Riquelme (este libro hasta el 2006 seguía presentando los mismos 16 capítulos). Inserta en la colección “Rostro de Chile. Memorias, Crónicas y Documentos”, esta reedición considera nueve de los 23 cuentos originales de la edición de 1888 así como cuatro de los 13 relatos publicados en 1885. Ello, sumado a un relevante prólogo del editor de la colección, completa la estructura formal de esta obra que terminó de imprimirse el 7 de septiembre de 1958 en las prensas de la Editorial del Pacífico.

Bajo la tienda. Las subalternidades y su representación

Al tomar esta obra como objeto de análisis, resulta válido preguntarnos por la cualidad (o cualidades) de este escrito por sobre otros materiales para la reconstrucción de subalternidades en la difusión del ideario que compone la Guerra del Pacífico. Para ello establezco tres posibles objeciones a mi trabajo: 1) La cantidad de reediciones presenta un problema a nuestro análisis, por lo que estas nuevas publicaciones, paulatinamente, habrían eliminado la “fuerza ilocutiva”⁴ del texto original. 2) Esta obra se destaca claramente como la reafirmación del nacionalismo chileno, por lo que el enaltecimiento de los grandes hechos y cronologías borrarían de la

faz textual la huella de grupos subalternos a favor de los grandes hombres postulados por la historia oficial del siglo XIX. 3) Finalmente, la invalidez de una fuente literaria que restaría veracidad a los argumentos debido a su carácter ficcional. Ante estas preguntas respondo de la siguiente manera: 1) La reedición del texto nos permite apelar a una obra conocida por una gran audiencia que, por lo mismo, la clasificaría como escrito de fácil acceso. Sumado a lo anterior, el presente artículo pretende analizar la promoción editorial de esta obra en la década de 1950. 2) Este nacionalismo, así como todos los discursos, posee “puntos de fuga” –en la categoría de análisis propuesta por Gilles Deleuze–, lo que posibilitaría una aproximación no binaria para el entendimiento del texto. Esta lógica nos permite situarnos desde un entremedio (propio de la subalternidad) para observar una construcción “otra” respecto de su referente. 3) Finalmente, la validez de la fuente literaria está dada por su mismo contexto de emergencia. Siendo el siglo XIX chileno un periodo en el que la profesión literaria aún no estaba separada ni categorizada por la división que vendrá a realizar la Universidad en el siglo XX (Rama 2004; Ramos 2003), estos espacios permiten la subsistencia de diletantes intelectuales, quienes, como Riquelme, podrán escribir historia –prueba de ello es su *Compendio de la Historia de Chile* (1899)– como también narrativizar el espacio histórico con novelas como es el caso de la *Revolución de 1851* (1893). Desde este contexto, Daniel Riquelme subordinó su rol de literato-intelectual-periodista a la hegemonía del Estado eliminando la posibilidad de autonomía artística en su producción. Así lo corrobora Silva Castro, quien por medio de su investigación informa que el *Compendio de la Historia de Chile* fue un manual encargado a Riquelme por el Ministro de Justicia e Instrucción Pública de la época, Francisco Puga Borne, como un material “necesario” para la enseñanza de la historia en liceos fiscales y escuelas municipales (Silva Castro 1966:9). De esta forma, los sustentadores de “la idea nacional” construida por Riquelme legitimaron su voz en vida al mismo tiempo que canonizaba su discurso en la muerte –no olvidemos que en 1931 Mariano Latorre integra a Riquelme como parte de la “Biblioteca de los escritores de Chile”–.

Ya en la lectura del texto mismo podemos afirmar que 13 de los 16 capítulos contienen la representación explícita de figuras subalternas. En dicho sentido ratificamos la presencia mayoritaria

de grupos subalternos en nuestra lectura del libro. Ahora bien, ¿a qué nos referimos con subalternos? La tradición de los estudios subalternos la podemos remontar a la India, donde en la década de 1980 un grupo de investigadores integrados por Ranajit Guha, cuestionaron el ejercicio historiográfico de la narrativa oficial en busca de aquellos sujetos o grupos que fueron desplazados por los grandes relatos. Ahora, si bien los estudios subalternos indios reclaman la paternidad conceptual respecto de este campo de investigación, el “Manifiesto Inaugural” del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos invoca la aparición de términos similares, trabajados ya desde la década de 1960 en las investigaciones latinoamericanas. Con hitos como la Revolución Mexicana y la Revolución Cubana, los redactores de este manifiesto refieren a la subalternidad como una constante preocupación para los analistas de los sistemas hegemónicos construidos por el Nuevo Mundo. Desde una propuesta hacia otro tipo de dicotomías estructurales –por tanto, mayor sensibilidad a la complejidad de las diferencias sociales– y con la desnacionalización como límite y umbral del proyecto presentado por este grupo (193), el subalterno es definido como lo mutable que ocupa un lugar (igualmente inestable) en los márgenes del Estado:

El Subalterno no es una sola cosa. Se trata, insistimos, de un sujeto mutante y migrante. Aun así concordamos básicamente con el concepto general del subalterno como masa de población trabajadora y de los estratos intermedios, no podemos excluir a los sujetos “improductivos”, a riesgo de repetir el error marxista clásico respecto al modo en el que se constituye la subjetividad social. Necesitamos acceder al vasto y siempre cambiante espectro de las masas: campesinos, proletarios, sector formal e informal, subempleados, vendedores ambulantes, gentes al margen de la economía del dinero, lumpen y ex lumpen de todo tipo, niños, desamparados, etc. (Grupo de Estudios Subalternos 2010:196).

Frente a este indefinido panorama conceptual, una pregunta relevante para nuestra aproximación epistemológica es la posibilidad efectiva de rescatar la “voz” de los “sin voz”. Es decir, ¿Cómo podrían autorrepresentarse estos subalternos sin la mediación de los intelectuales? ¿Cómo no “hablarlos”? Si bien se presenta el análisis de los “rotos” como un grupo que ha estado ausente de los análisis históricos y literarios⁵, para el caso de este trabajo *no*

propondremos caminos aporéticos, que ya siendo atravesados por otros con más o menos herramientas han concluido en lugares similares. En este análisis los subalternos siempre son hablados por la intelectualidad. Desde la voz narrativa expresada por la obra, las representaciones de estos “rotos” provienen de un hombre intelectual burgués (Peluffo y Sanchez 2010:10) que observó las capas bajas de la sociedad con los mismos lentes que la cultura de su época juzgó a estos grupos. Su admiración no logra ir más allá de su epísteme donde tanto los pequeños diálogos como las tesis centrales están ordenados con el fin de crear la legitimidad del discurso nacionalista chileno.

Aclarando este punto y prosiguiendo con nuestro argumento resulta necesario explicar que las subalternidades exhibidas por *Bajo la Tienda* no responden a una repartición transversal y equitativa. Aun cuando el texto utiliza la figura de “los cholos”, “las cholos”, “los chinos” y “las mujeres chilenas” para narrar la experiencia de la guerra, los “rotos chilenos” funcionarán como “el” grupo protagonista en los cuentos de Riquelme. Temerarios, ladrones, pícaros, fieles, “peladores”, tiernos, viriles, son algunas de las características más recurrentes en las 187 páginas que componen la obra analizada. Con valor frente a la muerte hasta el punto de reírse innumerables veces de ella, la construcción del “roto chileno” se ve cruzada no tan solo por un esquema axiológico, sino también por la descripción física de los soldados. A modo de ejemplo, el chascarrillo titulado “Las misas de Lima” nos entrega la siguiente imagen de estos sujetos:

Y de lo dicho no hay que asombrarse, porque el carácter comadrero de los “rotos”, su galante truhanería, el corte hercúleo de sus formas y la misma viril brusquedad de sus palabras y modales, dábanles aquel prestigio sino encanto, que el espectáculo de la fuerza y el valor ejercerá siempre sobre la debilidad femenina (...) (Riquelme, 1958:119).

La narración no solo apela a los “rotos” como seres que contienen en sí el dominio del lenguaje práctico y tosco junto con la picardía a “lor de piel”, sino que este lenguaje es acompasado por un cuerpo vigoroso –hercúleo en palabras del autor– que se impone sobre la “debilidad femenina”. La esencialidad de los “rotos” se circunscribe a la representación de la virilidad masculina: una virilidad que está

repleta de lugares comunes, pero que en el caso de estos relatos de guerra sirven como imágenes para mostrar estos cuerpos que luchan y someten al enemigo. Estos cuerpos se presentan como un ideal de fuerza clásica que está en condiciones de derrotar a los mismos dioses, pues los héroes de esta narración son imbatibles (en este sentido no olvidemos que es Hércules quien lucha y desafía a los dioses). Respecto de la subordinación femenina, la retórica utilizada por el texto establece el balance necesario para que la relación hombre-mujer funcione en tanto representación del poder. Ellas están sometidas a los encantos del hombre tanto por sus palabras como por su cuerpo, separándolas de todo uso de la razón. De lo anterior, si bien el contexto en el que se difunde la obra (década de 1950) las mujeres comienzan a experimentar una mayor participación en el espacio público –ya para este periodo consta la acción política de Elena Caffarena y Amanda Labarca en lucha contra el sistema patriarcal–, esta situación aun no podrá ser entendida como una consciencia social plena respecto del lugar de las mujeres como sujetos empoderados⁶.

Reafirmando nuestra hipótesis, el trabajo de este texto en tanto modelador de una “esencia nacional” es relevante. El escrito no solo cumple con enfatizar la gran valía de “los chilenos” en cuanto a personajes de supremo coraje, sino que la temeridad de estos chilenos se correspondería exclusivamente al cuerpo masculino:

Rotos había, dígoles yo, sobre todo unos ultra maulinos, que eran para enamorar, ya no cholos ni mulatas, sino marquezas de Balzac.

Ochenta hombres, que sacaron de no sé dónde para la policía del Callao, eran los más hermosos, si es doble la palabra que yo haya visto, después de las tripulaciones de los buques italianos que allá solían bajar a tierra, en aquel puerto.

Debían ser de aquellos montañeses de Chillán, corpulentos como los robles de sus montañas, y con unas caras pálidas de mirada triste, que contrastaban admirablemente con la virilidad de sus tallas (Riquelme, 1958:120).

Esta descripción que enfatiza el cuerpo del hombre chileno en tanto sujeto erótico, claramente, tiene una intencionalidad que será mostrada por el

mismo relato. Los cuerpos chilenos son hercúleos, hermosos, pícaros, fogosos, en contraposición a una “raza” (utilizo la terminología empleada por el escrito) que se muestra “fea” y que, casi ausente del relato, no presenta oposición a ningún chileno. Es por ello que las “cholitas” o mujeres peruanas del texto, con esos “talles de palmera, con esos ojos relucientes y con sus bocas llenas de sal de Santa Margarita” se presentan como objeto de atracción perfecta para los “rotos” (Riquelme, 1958:120). En este sentido, la mirada homoerótica de Riquelme respecto de la relación entre chilenos y peruanas se ve acentuada con aseveraciones como: “el ‘roto’ era como pan blanco, sino francés, en medio de aquella mescolanza de razas con que se ha formado el bajo pueblo peruano” (Riquelme, 1958:119). En relación con el referente de belleza utilizado por la voz narrativa, esta calificación del chileno como representación del ideal civilizador no resulta gratis. La carga cultural que pretende legitimar la escritura de Riquelme presenta claras alusiones al ideal clásico-europeo de la proporción, la armonía y la virtud. La valoración de lo blanco sobre lo oscuro –sobre “lo otro”– la vemos inscrita en las líneas del discurso positivista tan caro a la mentalidad de nuestra intelectualidad finisecular en el que la bandera del progreso y la civilización debía imperar como norma para todo tipo de orden (Stuven 2000:100). Emergida desde un contexto (siglo XIX) que utiliza los saberes habilitados por el archivo, la escritura de *Bajo la tienda* se encuentra plagada de este tipo de referencias.

La posición doblegada del pensamiento colonizado ante la cultura matriz europea, en este sentido, reafirma la posición de Riquelme como instrumento de la elite. La comparación de los “rotos” como “pan francés o pan blanco” aplica el ejercicio retórico tan importante para el discurso sobre la Guerra del Pacífico⁷, al identificar este conflicto como el choque cultural entre la civilización chilena y la barbarie peruana. Los cuerpos robustos, gallardos y blancos nos hablan de la civilización que atrae a las mujeres exóticas en desmedro de los indígenas, zambos y cuarterones que constituyen un lugar “fuera” de lo aceptado para la construcción de una sociedad civilizada. De allí que el fracaso del pueblo peruano sea propuesto no tan solo en el campo de batalla, sino en la propia constitución de su sociedad al ser invadida y dominada por los “rotos” chilenos.

El enaltecimiento del camino civilizado nos llevaría a afirmar que no es solamente Chile quien

obtiene la victoria en la guerra, sino es la civilización y el progreso que derrota la barbarie peruana tomando el corazón de su país –Lima–, así como sus mujeres. Bajo este pensamiento guía, el arrase de los “chilenos” (superando ya la categoría basal del “roto”) constituye un argumento-garantía para establecer un sistema bajo el que no existe oposición al atractivo de los “hombres blancos”. Como recordatorio de esta situación el narrador nos entrega la historia de la “Rosaura”: mujer casada con un diputado del Congreso peruano la que se ve envuelta en amoríos con un teniente de artillería chileno. Referida y juzgada por su inmoralidad, la Rosaura alega que al momento de casarse no existía alférez de artillería chilena y “Si después veía tantos y con bigotes tan rubios y ojos tan azules, ella no tenía la culpa” (Riquelme, 1958:117). Retornando al mismo punto de argumentación, la representación de la superioridad chilena ya no solamente en el ámbito militar sino también en el fundamento óptico de nuestra nacionalidad se vio consumada en la imagen física del chileno por sobre el peruano. Si bien el congresista dispone socialmente de una alta cuota de poder al interior del circuito peruano, este no será rival para un oficial de artillería chileno, aun cuando el rango de “teniente” figure como un grado base para la oficialidad.

Este tipo de relatos que son reproducidos para la sociedad chilena –no olvidemos que estos escritos fueron originalmente publicados por chilenos para ser leídos por chilenos (Rubilar 2011)– están colmados tanto con los detalles de la victoria así como por varios elementos –temeridad, picardía, fidelidad– que fueron masificados por esta edición como un manual de chilenidad para escolares⁸. Esto queda expreso en el prólogo mismo del libro –prólogo que se mantendrá para las tres ediciones del texto (1953, 1955, 1958)–, el que mezclando la obra y el autor en un mismo tema, justifica la selección y publicación de estos cuentos:

Son tales las cualidades del escritor, que revelan semejantes aspectos del alma popular chilena en ocasión tan dramática como la guerra de 1879, los que dan su valor e interés insuperables a los relatos de Daniel Riquelme recolectados en diversos libros, desaparecidos ya de las librerías. De entre ellos hemos hecho la presente selección, seguros de hacer obra patriótica y justicia literaria. Quien lea estas páginas convendrá

en eso y en que Riquelme es una de las más valiosas figuras de las letras chilenas (Editorial del Pacífico 1958:8).

Esta “obra patriótica y justicia literaria” explica al texto, más allá de las intenciones del autor, como un dispositivo constructor/legitimador del ideario nacional que, basado en la representación idealizada del subalterno “roto”, está dirigido a su consumo por parte del público letrado nacional del siglo XX.

De esta forma el relato continuamente y mediante la exhibición de una imagen sólida y heroica del “roto”, construye el fundamento basal de nuestra “chilenidad” bajo un carácter siempre destacado. El “roto chileno” es un personaje que demuestra a tal punto su valentía que resulta difícil –desde el *locus* de la obra– encontrar ángulos dudosos para discutir su temeridad. Sin embargo y con un buen manejo de la retórica, la obra concibe un discurso convincente en que el razonamiento perfecto no existe sino se levantan frente a él ciertas objeciones que pueden delatar a este gallardo hombre⁹.

El cuento “!Donde muere mi comandante...!” sitúa la trama del chascarrillo en una reunión de militares y diplomáticos que, congregándose para alabar el valor chileno, se ven violentados por la petición de un participante quien solicita la narración de un hecho de cobardía en las filas del ejército chileno. Ante esta petición la audiencia se muestra impactada por la pregunta dejando un espacio de vacío y silencio. Desde lo impensable, uno de los concurrentes refiere la historia de un soldado que hallando a su comandante muerto, se abalanza al lado de este gritando “–¡Donde muere mi comandante, ahí muero yo!” (Riquelme, 1958:19).

Así pues, dos de los aspectos interesantes respecto de la estructura formal del libro y a este capítulo en particular son: la selección realizada por la Editorial del Pacífico para reproducir este cuento por sobre una gran variedad de textos, así como, además, la finalidad explícita con que Riquelme explica este hecho anómalo. Si bien la intención de contar la guerra como un anecdotario es un movimiento que se muestra como una escritura inocente, la selección de un acto de cobardía frente a 15 capítulos de bravura no puede leerse como una opción ingenua. La bravura del “roto chileno” es presentada por esta edición como un elemento que deja estupefactos a los extranjeros. Utilizando el referente “otro”, el “nosotros” se exhibe como digno de admiración no solamente para los integrantes

del grupo chileno, sino también para aquellos que pueden juzgar desde fuera la imagen de la “comunidad imaginada” (Anderson 1993). Creando un argumento objetivo, la selección editorial crea una imagen veraz de la historia patria al exponer los puntos objetables de la idea nacional.

El énfasis de Riquelme respecto de la inexistencia de cobardes en “el chileno” se refuerza tanto por las referencias introductorias del narrador –“Sin embargo, las conversaciones, por lo general, no salían de este círculo magnético: Chile y sus inacabables perfecciones” (Riquelme, 1958:16)– así como por lo dicho en boca de los mismos concurrentes: “Échalo afuera, no más, que una papa no hace cazuela” (Riquelme, 1958:18). De allí es que podamos apreciar el despliegue de las estrategias textuales de Riquelme como medios eficaces para convencer a su público lector, toda vez que, eliminando el juicio acerca de la cobardía chilena con una nota de humor –es un caso difícil de hallar y, por otro lado, se explica como un “extraño refinamiento del espíritu de conservación” (Riquelme 1958:18)–, se estaría realzando la calidad del hombre chileno valiente en la proliferación de acciones distinguidas.

Otra de las dimensiones exhibidas por el relato de Riquelme es el imaginario de este subalterno ante su inminente llegada a Lima. Para esta oportunidad he querido referir a Lima como “concepto”, con el fin de reconocer la carga semiótica que el texto presenta al momento de exponer la visión del ejército en la conquista de esta ciudad. Esta “palabra mental”, como la refieren los semióticos, es identificada por los personajes como un espacio abstracto que puede sentirse, añorarse e intensamente desearse. Gran parte de la edición que aquí trabajamos se encuentra situada en el marco histórico de la campaña de Lima (1880-1881), no obstante, una selección concentrada de los acontecimientos que cubrieron este periodo la hallamos en los relatos “Los relojitos” y “Las misas de Lima”. Al comenzar el cuento de “Los relojitos” el concepto de Lima se nos muestra con la siguiente imagen:

Por cuenta privada, era Lima para la imaginación de cada uno algo como un pedazo de aquel cálido paraíso prometido por *Mahoma* y sus devotos.

Veíanla rosada y ardiente al través de las llamaradas de un incendio que ardía en todas las cabezas.

De su seno parecían venir, soplando sobre todos los corazones, vientos cargados de *abilónicas promesas*: las bocanadas tropicales que maduran la caña y el café, abrasadoras y libidinosas como besos de mulata cortesana (Riquelme, 1958:38) [El énfasis es nuestro].

Esta percepción de Lima como el lugar exótico al que arribaría el “roto chileno” constituye un “punto de fuga” interesante para identificar la mirada subalterna de Riquelme al construir sus argumentos. Desde la perspectiva europea, tanto Asia como América constituyeron durante el siglo XIX la locación de lo exótico por antonomasia. La acción de sus relatos o sus visiones de lo oculto se situaron en estos parajes que, claramente, no constituían puntos de civilización. Dicho de otra manera, al aludir a Perú con el signo del paganismo y lo exótico, el texto de Riquelme se encuentra orientalizando desde el Oriente –apelando a las categorías de Edward Said–. Lima no se constituye en la narración como el epicentro de lo correcto y lo proporcional: al contrario, “este sueño de placer” está invitando desde la sensualidad de lo híbrido al goce de los romances fuera de lo correcto. Utilizando términos como “Mahoma” y “promesas abilónicas” la obra apela a la existencia de este *in between* que propone el placer sobre la reivindicación. A lo largo de la obra, el texto describe a estos “rotos” como hombres de familia (lo correcto) que experimentando el viaje a Lima consumen lo prohibido (el adulterio); no obstante, el espacio proscrito está marcado por la visión masculina heterosexual del autor, quien explica el actuar de sus personajes como “picardía” chilena. Esta separación entre lo normal y lo anormal se nos presenta como una estrategia para educar a un público que, buscando una lectura por placer –pero también edificante en tanto nacionalidad–, encontraban un manual moral con límites de género firmemente trazados respecto de lo que “debía ser y podía” ser/hacer el hombre chileno.

La valoración de la fidelidad del subalterno constituye otro de los puntos promocionados por la obra. Analicemos esta actitud puesta en relevancia en el cuento “El coronel Soto”. Refiriendo la mortal herida del coronel Soto en la batalla de Miraflores (1881), el texto nos entrega la siguiente reflexión:

A su lado inmóvil, tragándose sus lágrimas, estaba de pie la hermana de la caridad,

el ángel de la guarda, la Providencia del oficial en campaña: el asistente, ese tipo incomprensible y sublime, cristalización de todas las gracias, maulas y virtudes que caracterizan al “roto” chileno y que, llegado el caso, con una mano maneja el cuchillo y con la otra acaricia como las madres al jefe que lo ha elegido para su perro guardián (Riquelme, 1958:70).

Esta cita nos entrega distintos tópicos en los que podemos reafirmar la situación subordinada del “roto” frente a los superiores del ejército chileno. La fidelidad del subalterno hacia el superior se ve como una característica extensiva al “roto chileno”: no se trata de una virtud exclusiva del ordenanza, sino de todos estos hombres que tienen por “esencia” el servicio de “perro guardián a su amo”. Esta condición de amo y “perro guardián” enfatiza la condición de estos sujetos que sirven a la ocasión pero y como toda relación con la subalternidad pueden ser sacrificados si las circunstancias lo ameritan. Por lo demás, su utilidad está dada tanto por sus cualidades maternas –la delación de lo femenino en el fundamento viril de la guerra– así como por su implacabilidad en el combate. Creados en la subordinación, estos hombres no traicionan a sus dominadores funcionando bajo un esquema integrado en su propia naturaleza y que, por lo demás, no observan como un límite sino como una condición de normalidad/estabilidad en sus vidas. Editándose como un texto para ser leído por escolares y todos aquellos que estuvieran deseosos de conocer los límites de la nacionalidad, esta descripción de las reglas del sistema enfatiza la calidad de manual cívico que sustenta la obra. Resoecto de esta misma línea argumentativa, el cuento “La entrada a Lima” profundiza la condición de máxima lealtad –¿dependencia?– de estos “rotos” hacia sus superiores:

Los “rotos” del Santiago, al entrar a la plaza, no viendo al coronel, lo buscaban con los ojos, temerosos de que les hubiere faltado en ese gran momento; pero al descubrirlo en su medio escondite, se les reía la cara.
¡Ahí estaba!
¡Ahí estaba el león de todos esos leones del Santiago! (Riquelme, 1958:106).

Para este caso, si bien “los del Santiago” encarnan la temeridad y valor con el símbolo del león,

todos ellos no alcanzan a componer un “coronel Soto”, pues Soto es el regimiento. Esta visión de los grandes hombres, los grandes hechos y la predominancia de la cronología (Burke 1996) subyugan a los subalternos aun cuando Riquelme los entiende como el engranaje principal de la guerra. El punto de enunciación del relato no puede eludir un contexto plagado de este tipo de referencias en el que si bien los “rotos” y sus costumbres colaboran con la fidelidad de la narración, el cuadro no estaría completo sin un Prat, Thomsom, un Baquedano o, uno de los personajes que ciertamente Riquelme llegó a describir mejor, un Patricio Lynch.

Es así como estos “leones”, “perros guardianes”, “madres”, “panes blancos”, milagrosos, soñadores, hombres viriles e irresistibles, constituyen un grupo que si bien comparten ideales con el sistema hegemónico, continúan siendo considerados como los marginados de una elite que jamás alcanzarán. Como subalternos los “rotos” sirven a la narración de la nacionalidad siempre desde la visión hegemónica impuesta por la oligarquía. Medios para ratificar la idea nacional, el texto de Riquelme crea a estos “rotos” subalternos como pilares de la esencia nacional para los públicos letrados del siglo XX.

Consideraciones finales

Este análisis abrió su narración apelando al recuerdo patrio como “la imagen viva de tantos ausentes” y vuelve sobre su huella para cerrar nuestro argumento con la develación de este subalterno como dispositivo fundador de nacionalidad. Esta situación nos guía –intencionadamente– para preguntarnos acerca de la finalidad de estos sujetos presentados por el relato. ¿Qué ha dejado de lado el autor para elaborar una idea nacional acerca de estos cuerpos-hombres-soldados? ¿Cuál fue el criterio con que la Editorial del Pacífico seleccionó estos cuentos para crear “obra patriótica y justicia literaria”? Más aún, ¿Qué tan poderosa puede ser la imagen transmitida por un texto del siglo XIX para perpetuarse como imaginario colectivo nacional en el siglo XIX? Estas reflexiones no se leen de forma explícita al interior de la obra, pero se manifiestan imperceptiblemente por medio de estas preguntas.

Es por ello que frente a nuestra hipótesis explicada en la siguiente aseveración: “Mediante las reediciones preparadas por la Editorial del Pacífico para la década de 1950, el texto de Daniel Riquelme *Bajo la Tienda* construyó un discurso épico de la

nacionalidad chilena instalando la figura del “roto” como una subalternidad masculina simbólica con un fin pedagógico. Apropiando los valores de coraje, audacia y lealtad, el texto de Riquelme reificó la imagen del chileno para los lectores de la Guerra del Pacífico del siglo XX, no podemos sino afirmar la construcción idealizada de esta subalternidad con fines nacionalistas. La narrativa de Riquelme primero y la selección editorial después, utilizaron la Guerra del Pacífico y la imagen subalterna del roto chileno para crear un dispositivo textual legitimador de la “identidad chilena”.

Como eficiente mecanismo creador de los valores esenciales de la nación, el texto de Riquelme otorgó un lugar idealizado para el “roto” subalterno sin olvidarse de reservar la punta de la pirámide para la elite chilena. El discurso hegemónico planteado por *Bajo la tienda* (1958) se estableció como un mecanismo de concientización para los públicos letrados del siglo XX creando reconocimiento entre la “comunidad imaginada” respecto de a la idea de

“raza” chilena vencedora en el escenario de la Guerra del Pacífico. Escrito para la posteridad, el texto de Riquelme aún sigue fomentando “nacionalismos” en la conciencia chilena.

Agradecimientos

Agradezco a la Universidad Central de Chile, especialmente a FACEA, por patrocinar mi ponencia en el IX Congreso de Etnohistoria realizado en Arica, 2015. A su vez, expreso mi mayor gratitud al organizador del Simposio José Chapuis, por su magna obra en la reunión de historiadores chilenos y peruanos a discutir un tema de gran interés como lo es la Guerra del Pacífico. Finalmente, no quiero dejar de mencionar el gran aporte de mi profesor y amigo Nelson Osorio en la discusión de mis ideas así como la orientación magistral del profesor Juan Poblete con su interesante colaboración en el plano metodológico y teórico al estudio de la literatura chilena del siglo XIX.

Referencias Citadas

- Anderson, Benedict
1993 *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el Origen y la Difusión del Nacionalismo*. Trad. de Eduardo L. Suárez. FCE. México DF.
- Burke, Peter (Ed.)
1996 *Formas de Hacer Historia*. Alianza Editorial, Madrid.
- Dosse, François
2003 *La historia: Conceptos y escrituras*. Trad. de Horacio Pons. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Editorial del Pacífico
1960 *Catálogo de Textos de la Colección Studium*. Editorial del Pacífico, Santiago.
- Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos
“Manifiesto Inaugural”. En Luis de Mussy y Miguel Valderrama. *Historiografía Postmoderna. Conceptos, figuras, manifiestos*. Ediciones Universidad Finis Terrae-RIL Editores, Santiago.
- Lastarria, J.V.
1912 *Estudios Literarios. Volumen X*. Imprenta de Jacinto Chacón, Santiago.
- Mcevoy, Carmen
2010 *Armas Retóricas de Persuasión Masiva. Retórica y ritual en la Guerra del Pacífico*. Centro de Estudios Bicentenario, Santiago.
- Palti, Elías
1998 *Giro lingüístico e historia intelectual*. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
2007 *El Tiempo de la Política. El Siglo XIX Reconsiderado*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Peluffo, Ana y Sánchez, Ignacio. 2010. *Entre hombres: Masculinidades del Siglo XIX en América Latina*. Editorial Iberoamericana.
- Rama, Ángel
2004 *La Ciudad Letrada*. Prólogo de Carlos Monsivais. Tajarar Editores.
- Ramos, J.
2003 *Desencuentros de la Modernidad en América Latina. Literatura y Política en el siglo XIX*. Cuarto Propio, Santiago.
- Riquelme, D.
1958 *Bajo la tienda*. Tercera Edición. Editorial del Pacífico, Santiago.
- Riquelme, D.
1967 *Expedición a Lima*. Prólogo de Raúl Silva Castro. Editorial del Pacífico, Santiago.
- Rubilar, Mauricio
2011 “Escritos por chilenos, para los chilenos contra los peruanos”: La prensa y el periodismo durante la Guerra del Pacífico (1879-1883)”. En Carlos Donoso y Gonzalo Serrano del Pozo. *Chile y la Guerra del Pacífico*. Centro de Estudios Bicentenario, Santiago.
- Silva Castro, R.
1966 *Daniel Riquelme: (1855-1912)*. S/F.
- Stuven, Ana María.
2000 *La Seducción de un Orden: Las Elites y la Construcción de Chile en las Polémicas Culturales y Políticas del Siglo XIX*. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago.
- Salazar y Pinto.
2002 *Historia Contemporánea de Chile II. Actores, Identidad y Movimiento*. LOM Editores, Santiago.
- Subercaseaux, B.
2010 *Historia del Libro en Chile. Desde la Colonia hasta el Bicentenario*. Tercera Edición, LOM Editores, Santiago.
- Zúñiga, C.G.
2015 “¿Cómo se ha enseñado historia en Chile? Análisis de programas de estudio para enseñanza secundaria”. En *Pensamiento Educativo. Revista de Investigación Educativa Latinoamericana*, 52(1): 119-135.

Notas

- ¹ “Para el año 1853 avisaba doña Bruna en *El Progreso* (7 de febrero) que en su colegio serían profesores de francés, gramática castellana, aritmética y geografía, don Francisco Zegers, de cosmografía e historia don Gregorio Víctor Amunátegui, de caligrafía don José Riquelme y de nociones de piano la directora” (Silva Castro 1966:6).
- ² “Al preguntarse sobre las razones de la decadencia del Imperio ateniense, Tucídides, como Heródoto, privilegia el ojo y la mirada en cuanto a fuentes de verdad pero, a diferencia de su predecesor, desestima toda fuente indirecta, el “decir lo que se dice”. El saber histórico consiste entonces exclusivamente en el ver (...) La herencia transmitida por Tucídides con su insistencia en el contrato de verdad ha permanecido en el núcleo de la profesión historiográfica, así como su inquietud por la demostración que anima el relato fáctico, verdadero operador de una elección consciente para sostener la hipótesis que debe verificarse ante el lector” (Dosse 2003:19).
- ³ “Del Pacífico fue una editorial que intentó cubrir toda la cadena del libro. Tuvo imprenta, línea de producción editorial, librería propia, servicio de distribución y, en la década del 50, dos Clubes de Lectores. Aun cuando la experiencia fue exitosa solo en algunos segmentos de la cadena (librería y catálogo), marcó un esfuerzo por buscar nuevas alternativas de desarrollo para el libro y el negocio editorial. El catálogo, con una media de 15 a 20 títulos anuales, incluía una línea de historia, memorias y recuerdos, con títulos tan notables como *La Guerra del Pacífico*, de Gonzalo Bulnes; una línea americanista con títulos como *Nuestros Vecinos Justicialistas* (80.000 ejemplares vendidos) (...). En síntesis, un catálogo que tuvo influencia en el pensamiento y en la opinión pública de la época” (Subercaseaux 2010:149-150).
- ⁴ En dicho sentido, entiendo por “acto ilocutivo” a lo que se hace al decir algo (Palti 1998:28-30). El uso de la teoría de los actos habla de John Searle para su aplicación en la nueva historia intelectual, se encuentra ampliamente analizado por el libro de Elías Palti *Giro Lingüístico e Historia Intelectual*.
- ⁵ Los escritos de Gabriel Cid, Gloria Cortes Aliaga, Maribel Arrelucea y Claudia Darrigandi, en este sentido, resultan de gran utilidad para los futuros trabajos sobre el “roto” como constructo de nacionalidad. Para mayor información véase: Cid, Gabriel. “Un icono funcional: la invención del ‘roto’ como símbolo nacional, 1870-1888”. En Gabriel Cid y Alejandro San Francisco. 2010. *Nacionalismo e Identidad Nacional en Chile. Siglo XIX*. Vol. I. Centro de Estudios Bicentenario, Santiago; Cortés Aliaga, Gloria. 2009. “Monumento al ‘roto’... piojento”: La construcción oligárquica de la identidad nacional en Chile.” *Arbor* 185.740: 1231-1241; Arrelucea Barrantes, Maribel. “Subaltermidad, etnicidad y género en el discurso épico chileno. El caso del *Adiós al Séptimo de Línea* de Jorge Inostroza”. En José Chapuis y Emilio Rosario. 2007. *La Guerra del Pacífico. Aportes para Repensar su Historia*. Vol. I. Editorial Línea Andina, Lima; Darrigandi Navarro, Claudia. “De héroes a vagabundos. ‘Rotos’ en la ciudad”. En Claudia Darrigandi. 2015. *Huellas en la Ciudad: Figuras Urbanas en Buenos Aires y Santiago de Chile, 1880-1935*.
- ⁶ “La palabra desempeñó un papel fundamental durante la Guerra del Pacífico. Entre 1879-1884 el *homo rethor* chileno se valió de ella para definir el conflicto armado con sus vecinos, exacerbar el patriotismo de la población y resaltar la preeminencia de una tradición republicana-cristiana considerada como única en la región. Aun cuando la disputa entre Cicerón y Catilina estableció el principio de que en las relaciones civilizadas las armas estaban vedadas, la retórica que surgió en Chile a partir del desembarco en Antofagasta sirvió, entre otras cosas, para justificar la violencia organizada” (McEvoy 2010:22). Además, Elías Palti al referirse a la acción retórica durante el siglo XIX inserta la definición del género epideíctico como: “(la tercera de las formas en que se dividía tradicionalmente la oratoria) se asocia, en efecto, a una idea de la acción política como orientada a la conformación de identidades subjetivas, dentro de un sistema que ofrece –y confronta– distintas definiciones alternativas posibles de estas, mediante procesos en los que la apelación a factores no racionales –tales como alentar el orgullo, provocar vergüenza, etc.– resulta aún más decisiva que la argumentación racional” (Palti 2007: 199). En este sentido es que cabría preguntarse, ¿hasta qué punto el texto aquí presentado funciona más como una exacerbación del género epideíctico que como una argumentación racional para la legitimación de la supremacía chilena?
- ⁷ Esta aseveración puede ser respaldada por los análisis de Julio Pinto y Gabriel Salazar, quienes explican una cierta ambigüedad política para la mujer de clase media después de 1955: “La estrategia envolvente aplicada por las clases dirigentes desde 1925 concluyó, durante el ambiguo segundo gobierno de Ibáñez, por volver las identidades políticas de la mujer de clase media contra sí mismas. Fue en ese punto y en torno a esa crisis cuando se produjo lo que todas las analistas de la historia política de la mujer han proclamado a viva voz y por unanimidad: el *silencio de 1955*. Y las mujeres de clase media ya no hablaron de feminismo, ni como madres, ni como profesionales, ni como mujeres, ni como políticas. Desorientadas se dejaron llevar por los flujos y reflujos de la crisis. Que también llevaba y traía a los hombres” (Salazar y Pinto 2002: 176-177).
- ⁸ El catálogo Studium de la Editorial del Pacífico para 1960 expone claramente su finalidad pedagógica para los públicos escolares: “Nuestros textos están inspirados en los preceptos de la pedagogía moderna, evitan los extensos desarrollos sintetizando nuestros desmesurados programas. Presentan en forma amena lo fundamental descartando los detalles secundarios y exponen en forma objetiva las diversas interpretaciones o posiciones. Se han fijado también como requisito presentar una síntesis de los más recientes avances científicos. Por último, tienen como orientación ideológica un humanismo espiritualista, defienden los valores trascendentes y eternos de nuestra cultura occidental, y proponen el perfeccionamiento de nuestro sistema democrático” (Editorial del Pacífico

1960:1-2). Al interior de este catálogo, la tercera edición de la obra de Riquelme figura como lectura recomendable para alumnos de 2º año de Humanidades (Editorial del Pacífico 1960:25). En este mismo sentido y de acuerdo con lo señalado por Carmen Gloria Zúñiga, en 1952 el Ministerio de Educación Secundaria implementó un nuevo marco curricular que no sería renovado sino hasta 1965. En este marco: “los objetivos expresados en relación con la enseñanza de la Historia se relacionaron con la comprensión de los problemas sobre espiritualidad humana y destino histórico, el desarrollo de los rasgos morales, cívicos y sociales de los estudiantes, la

formación del carácter por medio del ennoblecimiento de la personalidad de los estudiantes y la conciencia sobre los deberes y la dignidad humana” (Zúñiga 2015:125). Como una obra destinada a la enseñanza secundaria, el texto de Riquelme estaría orientado a construir estas dimensiones en los estudiantes.

⁹ “Uno de los oyentes extranjeros cortó ahí el relato para preguntar si entre tantos rasgos de heroico valor, como había oído referir de nuestro ejército, no se conocía algunos de notoria cobardía que, cual pinceladas oscuras, dieran a las luces del cuadro mayor realce” (Riquelme, 1958:17).

